

La divina floresta

*Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo
del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano.*

Este libro ha sido traducido gracias a la ayuda a la traducción
del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación italiano.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

Título original: -

En cubierta: © rawpixel

Diseño gráfico Gloria Gauger

© Sellerio Editore, 2008, Palermo

Publicado por acuerdo con Sellerio Editore S.r.L.,
junto con su agente subsidiario The Ella Sher Literary Agency

© De la traducción, Francisco Álvarez

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19942-88-3

Depósito legal: M-7.887-2024

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Giuseppe Bonaviri

LA DIVINA FLORESTA

Traducción del italiano
de Francisco Álvarez

 Siruela

Libros del Tiempo

A Emanuele y a Pinuccia

«Porque en otro tiempo fui niño
y niña, arbusto y pájaro
y pez mudo del mar».

EMPÉDOCLES

I

Espero que mi historia no suscite risa o lástima, rica como es de acontecimientos que tuvieron inicio cuando yo no era alto ni bajo y el aire aún no se distinguía de la superficie de las aguas. A mi alrededor había vacío y un sueño impreciso, y yo, envuelto como estaba por la velocidad de un movimiento que no podía definir, me preguntaba: «¿Qué es? ¿Qué no es?». Y ese primer intento de dialogar con el mundo fue un punto en aquella noche negrísima.

Mientras aguardaba, acurrucado como dentro de una película, extrañas sombras me rodeaban por todos lados, por lo cual nada veía puramente en sí, sino que todas las cosas aparecían mezcladas con vapores, remolinos y oscuras fuerzas.

«¡Oh! ¡Oh!», grité.

Se alzó un eco refractante, cual campana súbitamente enloquecida, y yo sentí frío y a continuación calor mientras me movía en espiral dentro de aquella ilimitada materia generativa.

«Es inútil gritar», me dije.

Proyecté fuera de mí mismo lo que creo que eran unos tentáculos sensitivos, pero los retiré de inmediato para eludir las primeras impresiones.

Entre tanto me veía empujado más allá, acrecentado y dilatado en medio de un curioso agregado de partículas. Y, quién sabe cómo, volteando sobre mí mismo encontré un ángulo de oscilación visual consistente en un arabesco que devanaba en un retozar de estelas blancoscuras.

«¡Ja, ja, ja!», reí.

Fue entonces, al lograr mi propio movimiento, cuando comenzó mi historia, ultramundana en un primer momento y no sé cuán fatigosa o fácil, lenta o rapidísima.

No puedo decir que pudiera ver, tal y como se entiende comúnmente la experiencia sensible que ejercéis con vuestros péndulos ojos; se trataba, más bien, de no ver a mi alrededor vestigios de ejemplares semejantes a mí mismo, sino un ritmo que me confrontaba con aquel universo indefinidamente abierto, porque era indefinidamente escurridizo.

Un día grité: «¡Fuego!». Porque tuve la repentina sensación de un deslumbramiento. No sé si se trataba de fuego en realidad, pero lo cierto es que se presentaba ante mí un horizonte por momentos rojo y por momentos con desafortadas áreas de densa oscuridad.

Como no quería combinarme de un modo ecléctico con aquello que me rodeaba, me dije que debía seguir adelante, indiviso y primigenio. Seguí desplazándome, sin despararmarme fuera de mí mismo, en aquel mar informe, obstinado, e iba pasando por algunos túneles donde las sombras se aglomeraban, para luego quedar a merced del espacio habitual en el que se alzaban largas colas de meteoros que,

en resumen, manchaban el horizonte visible escindiéndose y retroalimentándose.

Mientras tanto, yo quería que aquella oscura carrera terminase pronto, para salir del inmutable estado de ser abismal en el que me encontraba. Quería precisarme, definirme, absorbiendo, chupando e, iba a decir, lamiendo linfa, detritos cósmicos, potencial eléctrico disperso, etcétera.

Lo inevitable sucedió un día (¿de qué otra forma podría definir la enmarañada línea temporal por la que me estaba deslizándose?).

Navegaba entre estratos —poco letificantes— de humo cuando, en una súbita parada, me sentí atrapado por una fuerza que parecía constituida por un número inmenso de fuerzas muy débiles.

«¿Quién se está conjugando conmigo?», me pregunté. Creo que quería determinar qué estaba sucediendo, qué era lo que presionaba dentro de mi mónada, y me encerré en mi absorto goce cuando escuché: «¡Somos dos, por fin!».

No era un lenguaje demasiado claro, porque sonaba «pir, pur, pír, purpír, pur», y mientras tanto algo se iba calentando en torno a mí admirablemente.

Pensándolo fríamente, no sé qué motivo de satisfacción y de alegría podría hallar en aquello, claro que había caído en un nuevo aspecto permanente de lo real.

—¿Quién eres? —pregunté tras superar el desconcierto inicial.

—¿Quién puede saberlo? Comienza nuestro prólogo.

Pronto brotó en mí algo así como un sentimiento de oposición a aquel estímulo externo, horroroso en un segundo momento, y al dejar de estar cegado por el anhelo furioso

traté de liberarme de él con todas mis fuerzas para no darle mayor corporeidad a mi estructura, que consideraba definida e incorruptible.

—Basta ya —dije—. Déjame.

Pero nada. Fue en vano, porque al desemejarnos cada vez menos íbamos confluyendo en una naturaleza común.

—Oh, Grumina —se me ocurrió darle ese nombre.

Por fuerza tuve que quedarme con aquel coágulo de partículas cósmicas que penetraban en mí de un modo realmente abrumador, algo que se hizo manifiesto.

Nos metabolizábamos el uno con el otro, y era superfluo que yo adujera disculpas, quejas o ruegos llorones.

—Oh, Grumina —dije—. ¡Déjame!

Fue inútil. Así que traté de lograr una hilaridad cómplice en aquel inesperado destino que pronto nos convirtió en una unidad cogitativa intraducible.

Me acostumbré a la nueva situación.

Otro, en mi lugar, tal vez habría optado por el procedimiento contrario para anular esa desventura, o habría podido enumerar cumplidamente los lados buenos que había dejado en el pasado reciente, pero yo acepté el encuentro.

Algunos me dijeron —después— que eso se debió a mi escasa capacidad (por entonces, se sobreentiende) para la reflexión y a mi falta de cautela ante los encuentros accidentales y hostiles que comportaba aquel entorno primigenio, pero no sé si eso es cierto. Discutirlo sería impropio.

Había a mi alrededor una extensión de gas que me impulsaba, con Grumina sobre mí, y entre ella y yo se producía un continuo enriquecimiento de moléculas y de extrañas combinaciones.

Y no éramos conscientes el uno del otro, bien concatenados, en busca únicamente de una zona más clara en la que ya no nos sintiéramos condenados a errabundas peregrinaciones, fuera de los relámpagos, truenos, tormentas y remolinos oscuro-luminosos.

En resumen, ya no nos bastaba aquel movimiento de traslación sin sentido y, para mantenerse sobre mí, Grumina a veces me arañaba (no puedo decirlo de otra manera para que me entendáis vosotros, que no tenéis tonos de sentimiento, sino bazo, ano, testículos...) no sé en qué parte, aunque ciertamente me generaba un deleite de fantasía y una fuga de imágenes.

Y así seguimos, en esa adición de sumandos imaginativos, surcando el universo con suma tranquilidad, sin que nuestra exploración se convirtiera en un inaccesible enigma, y de ese modo abandonamos aquel caos en el que no había principio ni fin, y fuimos a parar a un lugar de un amarillo sereno y difuso.

Grumina me preguntó:

—Fermenio, ¿dónde estamos?

Respondí con un ruido difícil de transcribir, y pensé más bien en reducir nuestras vibraciones ondulatorias con un preciso mecanismo de frenado.

—Qué lugar tan extraño —habló Grumina de nuevo.

A mí no me lo parecía. Distinguí una zona azul, inmersa en montículos luminosos de materia impalpable, y por todas partes había calma, un balanceo constante y un aire tórrido.

—¿Qué hacemos? —preguntó mi compañera.

Esa cháchara continua me incomodaba enormemente, sobre todo cuando me planteaba cuestiones misteriosas.

No respondí.

Debajo de mí había una especie de pozo que se ensanchaba circunscribiendo unas tierras que, en un estrato de materia roja, seguían su propio movimiento rotatorio, soñoliento; alrededor había restos de meteoros, humo, peste y ardor de ojos.

—Prrr... —masculló Grumina para mostrar su asombro, que creo que era cierto.

Ese sonido suyo, similar al del aire saliendo de un agujero, no me desagradaba, pero le presté poca atención, distraído como estaba ante aquel lugar bañado por una cándida textura de luz.

Y quizás fue entonces cuando pasamos de nuestro universo fantástico a nuestro universo razonado, y eso para mí —ahora— es una verdad incuestionable que nace de la pura lógica, aunque en aquella época esas cosas no me interesaban lo más mínimo.

Un sonido hilarante y un aire de indescriptible dulzura se propagaban en derredor, sobre todo en aquel atisbo de sol y en aquellas tierras rodantes, fuera del citado caos.

¡Oh, sueño divino que me tomaste!